

# ¡HAMBRE!

Por ELFRIEDO VOLK

LA FATIGA y el hambre se traslucían en el rostro de Fredy. Se apretó un poco más la cuerda que le servía de cinturón para no sentir el dolor que le roía el estómago. El cinturón se le había roto hacia varios meses, pero no había dinero con qué comprar otro. La semana anterior se le habían terminado de gastar completamente las suelas de los zapatos, de modo que ahora no tenía más remedio que ir a la escuela descalzo. Como era casi invierno, necesitaba también un abrigo.

Pero eso no habría sido tan malo si tan sólo hubiera tenido algo que comer. Lo último que había comido era una corteza de pan duro para el desayuno..., el día anterior.

Fredy pensó en sus siete hermanos y hermanas, todos con tanto frío y hambre como él. No soportaba más verlos sufrir.

El padre de Fredy era un pescador que vivía en Holanda. Generalmente el producto de la pesca que efectuaba en el verano le alcanzaba para darle un cómodo pasar a la familia durante el invierno, cuando los canales se congelaban y no se podía pescar. Pero ese verano ocurrió algo insólito. No importa cuántas redes extendiera por la noche el padre de Fredy, a la mañana siempre estaban vacías.

Cuando llegó el invierno no tenían dinero con qué comprar alimentos, ni carbón con qué calentar el bote en que vivían. No había en ese lugar ningún otro trabajo en el cual pudiera ocuparse el padre de Fredy para ganar dinero. La Sra. Peters, dueña de una pequeña tienda de comestibles, sintió pena por la familia y le permitió retirar comestibles de su negocio. Naturalmente, el padre de Fredy prometió pagarle todo tan pronto como llegara la primavera y comenzara la época de la pesca.

Pero cuando llegó la primavera, todavía no había peces. Y durante todo el verano, no importa cuán a menudo registraran las redes que extendían en los canales, los pescadores no encontraban en ellas más que unos pocos bagres y algunas rémoras. Ahora los canales habían comenzado a congelarse de nuevo, y todavía no disponían de dinero.

Fredy descendió por la escalera del bote que conducía a la sala. Sabía que esa noche no habría cena. Encontró allí a su padre sentado al lado de la mesa, sumido en una profunda tristeza. Notó también que su madre tenía los ojos enrojecidos, y Fredy comprendió que había estado llorando.

-¿No vas a extender las redes esta noche, papito? -preguntó Fredy.

-No -replicó su padre lentamente-. No vale la pena. Hace ya demasiado frío para pescar.

-¿Y si pusieras la red que acabaste de hacer? -sugirió la mamá-. De todas maneras tendrás que meterla en el agua por un tiempo para quitarle el olor a brea.

-Tal vez podría poner ésa en el agua.

-Si vas a echar ésa al agua -dijo Fredy-, acomodémosla bien. Tal vez Jesús ponga algunos peces para nosotros en ella.

-Muy bien, hijo -accedió el padre-. Entonces podríamos poner también las otras redes. Pero no te chasquees demasiado si a la mañana no hay peces. Ya hace mucho frío para pescar, y además, el olor a



brea de la red nueva ahuyenta los peces.

Esa noche, después de que todos se hubieron dormido, Fredy estaba todavía despierto. Levantándose sin hacer ruido, se arrodilló al lado de su cama. "Querido Jesús -oró-, te ruego que nos mandes peces esta noche para que tengamos alguna cosa que comer". Luego, acostándose de nuevo se quedó dormido.

A la mañana siguiente, cuando era todavía muy temprano, Fredy se despertó. ¡Algo había ocurrido! Su padre estaba en la cubierta del bote y por el tono de la voz, Fredy se dio cuenta de que estaba muy excitado. Sin perder tiempo corrió escaleras arriba para ver de qué se trataba.

Cuando llegó a la cubierta apenas pudo dar crédito a lo que vieron sus ojos. Delante de él había una pila de pescado, la más grande que jamás hubiera visto. Parecía una enorme montaña de plata. Y su padre seguía halando más redes y echando más peces en el montón.

Cuando el pescado se vendió, el padre de Fredy pagó la cuenta de comestibles que le debía a la Sra. Peters. Luego la familia fue a la ciudad y compró ropas para los niños, tanto para ir a la escuela como para vestir, y todavía quedó dinero suficiente para vivir hasta mediados del verano siguiente.

Fredy nunca olvidó esa noche cuando Jesús envió los peces. Aun cuando era anciano, todavía le contaba a sus hijos y a sus nietos esa historia. Yo lo sé, porque Fredy fue mi padre.